

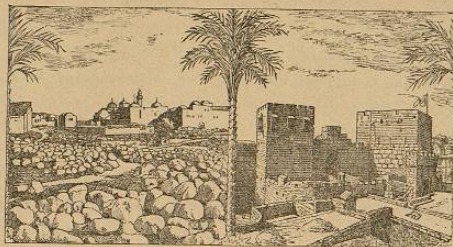
Por fin, repasaron el puente de Tophet y llegaron al monte de Sión: ya podían respirar, libres de miradas poco amigas, seguros de no ser detenidos en su marcha hasta el palacio del Sumo Sacerdote, donde Jesús debía quedar detenido esperando el juicio solemne. Pues tenían sus escrúpulos: no debiendo el Sanhedrin celebrar sesiones de noche, no se podía proceder al interrogatorio ni á la sentencia antes de amanecer; querían derramar sangre, pero bajo la condición de observarse las formas que legitimaran la efusión. Eran de verdad los *hijos de los que mataban á los profetas*, sin perjuicio de *adornar sus sepulcros y ponerlos blancos*¹.

La una y media de la noche podría ser cuando el divino prisionero entró en Sión, después de haber atravesado los jardines embalsamados que cubrían la pendiente de la colina². La calma de la noche, clara y perfumada, hacía aún más sensible el abandono del Hijo del hombre. Nada parecía conmoverse de sus males; estaba del todo solo, y se cumplía plenamente la palabra del profeta: «Miré á mi alrededor, y no había quien me auxiliara; busqué, y no encontré quien me ayudara.» Bien es verdad que podía concluir la aplicación de la sentencia profética: «Mi brazo solo me salvó de mis enemigos, y eché por tierra el poder de que se evanescían»³.

¹ LUC., XI, 47: «Vae vobis qui edificatis monumenta prophetarum, patres autem vestri occiderunt illos.»

² SAN JERÓNIMO: *Comment. in Jeremiam*, lib. II, c. VII, v. 31.

³ ISAI., LXIII, 5: «Circumspexi et non erat auxiliator: quæsvi et non fuit qui adjuvaret. Et salvavit mihi brachium meum... et detraxi in terram virtutem eorum.»



LIBRO III EN EL MONTE SIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

ANÁS Y CAIPHÁS.—LOS SADUCEOS Y LOS FARISEOS.

Jesus dixit: Intemini et cavete a fermento Phariseorum et Sadduceorum.

MATTH., XVI, 6.

Sinite illos: ceci sunt et duces cæcorum.

MATTH., XV, 14.

Antes de que entremos, siguiendo al divino Maestro, en la morada de los Pontífices, donde sufrirá el primer interrogatorio y un juicio anticipado, no carece de interés investigar qué clase de hombres son esos á quien habrá de responder, y qué valor tiene ante la historia el tribunal que dictará contra él una sentencia de muerte.

El primer personaje que el Evangelio presenta en acción, con la marcada intención de atraer sobre él todas

las miradas, es Anás ¹, cuyo nombre junta San Lucas con el de Caiphás cuando habla de la primera predicación de San Juan Bautista ². Por entonces hacía ya quince años que el procurador Valerio Grato le había despojado del sumo sacerdocio, y hacía diez años que ejercía este cargo José Caiphás, yerno del pontífice destituido. Pero la injuria que sufría no le había quitado nada de su ascendiente sobre los Judíos, porque entre la larga serie de sacerdotes elevados al supremo pontificado durante medio siglo, era el único que tenía carácter evidente de legitimidad.

Después de la muerte de Aristóbulo, el último de los Asmoncos, asesinado por Herodes el Grande, habían ocupado el solio de Aarón titulados pontífices, puestos y quitados según el capricho del rey. Ananías había consentido en volver á tomar el puesto que antes dejó para el desventurado Aristóbulo. La pasión de Herodes á la segunda Mariamna puso la tiara en la cabeza de Simón, hijo de Boetho, un sacerdote extranjerico desconocido hasta entonces: á éste sucedió Matías, que no tardó en ser suplantado por Joazar, hijo de Simón, uno de los hombres de peor fama en la historia judía. Á éste le depuso Arquelao para elevar á su hermano Eleazar, que, al cabo de algunos meses, cayó en desgracia en beneficio de Josué-ben-Sié, otro favorito nada más digno que el anterior. Por muerte de él, volvió al solio pontifical Joazar, que fué otra vez depuesto por Sulpicio Quirino, gobernador de la Siria, bajo cuya administración el procurador Coponio liquidó la sucesión de Arquelao en provecho de Roma.

¹ *Hannan-ben-Sethi*, en hebreo: — *Ἀνάνας*, en griego, — de lo que Joselo compone *Ἀνανας*.

² Luc., III, 2: «Sub principibus sacerdotum Anna et Caípha».

Entonces subió por libre y regular elección, según parece, Anás, hijo de Seth ¹, jefe de una de las más poderosas familias sacerdotales, y reputado entre los Judíos como el hombre más feliz de su tiempo, según Josefo ². Conservó el poder durante siete años, bajo los procuradores Coponio, Ambivio y Rufo. La llegada de Valerio Grato fué la señal de su caída. Ismael-ben-Fabi fué escogido para sucederle, y logró mantenerse en el poder por espacio de nueve años; era, según cuentan los rabinos, el hombre más hermoso y más afeminado de su tiempo ³. Fué reemplazado por Eleazar, hijo de Anás; después por Simón-ben-Kamith, y, finalmente, por Joseph Caiapha, cuñado de Eleazar, y, por consiguiente, yerno de ese feliz Anás, que mandaba siempre bajo la capa de los sustitutos que le señalaba la avaricia de los procuradores ó la política de Tiberio.

En la época á que nos referimos, cinco de estos Sumos Sacerdotes se sentaban con él en los escaños del Sanhedrin: uno de ellos era su hijo, otro su yerno, y se puede presumir que todos eran hechuras suyas. Pero, como ya lo hemos observado, sólo él podía preciarse de haber subido legalmente, y parece que conservó hasta su muerte el carácter de Pontífice legítimo á los ojos de los verdaderos creyentes. Á su hijo Eleazar no le conocemos, pero su yerno Caiphás aparece como un simple comparsa en el drama, cuyo verdadero inspirador es Anás, según los evangelistas.

Todo lo que tenía Caiphás de ignorante y débil, le sobraba á su suegro de listo, audaz y versado en el co-

¹ Tenía entonces treinta y siete años (JOSEPH: *Antiq. jud.*, XVIII, II, 4).

² JOSEPH: *Antiq. jud.*, XV, III, 4.

³ TALMUD, tratado *Pesachim*, fol. 37, verso; — tratado *Yoma*, fol. 9, verso, — y 33, recto.

nacimiento de la ley. Josefo nos da un retrato de él, parecido indudablemente, pero halagüeño para el modelo.

«Anás, escribe Josefo, vió crecer de día en día la estimación y benevolencia que le profesaban sus conciudadanos. Nadie más habil que él para aumentar sus riquezas: con esto podía granjearse, mediante magníficos regalos, el favor del Gobernador así como el del pontífice Josué, que él cultivaba con esmero. Tenía á su servicio gente sin conciencia, pronta á buscar lo peor que había en la ciudad, para atacar á los sacerdotes hasta en el atrio del Templo, despojarlos de las ofrendas que recibían y derribarlos á golpes si oponían resistencia. Verdad es que los pontífices, añade Josefo, en tono melancólico, hacían otro tanto sin que nadie se atreviera á reclamar; de donde resultaba que los sacerdotes que en otro tiempo vivían con holgura, sufrían escasez rayana de la penuria ¹.»

Cuando logró alzarse, á la edad de treinta y siete años con el puesto de ese Josué, á quien había adulado tanto, supo juntar á su audacia y tenacidad nativas, una flexibilidad maravillosa respecto á los Romanos. En el negocio de Judas Gaulonita, del cual hablaremos pronto, se mostró francamente partidario de la sumisión al César, sin perjuicio de halagar las preocupaciones que disponían el pueblo á favor de la sublevación. Su intervención no le dió todo el resultado que deseaba, mas no por eso dejó de serle útil, y Quirino conservó buen recuerdo de ella ². Su ciencia de la ley con las añadiduras rabínicas iba á la par con el escepticismo de los Saduceos, á cuya secta pertenecía por su educación y sus aficiones; hombre astuto, sin escrúpulos, de los que saben esperar, tenía todas las

¹ JOSEPH.: *Antiq. jud.*, XX, ix, 2.

² *Id.*: *ibid.*, XVIII, 1, 6.

condiciones necesarias para contener á los unos, amedrentar á los otros, comprar á los venales y orillar á los de quien no podía sacar ningún partido. Hombres de esta laya llegan por todos los caminos á los primeros puestos, suelen mantenerse en ellos largos años, y arrastran consigo al crimen á su generación, si la Providencia no les envía á tiempo el rayo que los echa al infierno.

Diez y seis años hacia que Caiphás ceñía la tiara comprada á gran precio, según decían, á ese propio Valerio Grato, que había destituido á su suegro y después á su cuñado Eleazar-ben-Annah. Era Caiphás hombre de menudado criterio y de poca ciencia ¹, violento y brutal, como suelen serlo de ordinario los de limitada inteligencia, pero altanero é infatuado de su dignidad ². No hay pruebas de que tuviera mala índole, y el mismo Evangelio insinúa lo contrario al referir el consejo que tuvieron contra Jesús, el 19 de Febrero, con motivo de la resurrección de Lázaro ³. Era más bien, según parece, de esa raza de hombres que se dejan llevar á remolque de toda inspiración malvada con la vanidad, harto común en los que deberían mandar, de tomar por cuenta suya el mal que les han sugerido y aun impuesto sus subordinados.

Por esto, como observa Sepp ⁴, «Caiphás no era más que un instrumento dócil en manos de Anás, ese diplomático taimado que encontraba el medio de meter la mano en todo y dirigir todos los negocios con su influencia». Del propio modo le juzga Renan: «Hanan era en realidad el jefe del partido sacerdotal. Kaiapha no hacía nada sin él; era ya costumbre juntar los nombres de ambos, y aun el de Hanan se ponía siempre en primer lugar.

¹ SEPP: *Vie de Jésus-Christ*, II, 326.

² MATTH., XXVI, 62 et seqq.—MARC., XIV, 60 et seqq.,—etc.

³ JOANN., XI, 51.

⁴ SEPP: *Vie de Jésus-Christ*, II, 326.

Compréndese, en efecto, que bajo esta regencia de pontificado anual, transmitido por turno á capricho de los procuradores, un antiguo pontífice, habiendo guardado el secreto de las tradiciones, habiendo visto levantarse y caer sucesivamente muchas fortunas más modernas que la suya, habiendo conservado bastante crédito para hacer delegar el poder en personas que le estaban subordinadas por lazos de familia, tenía que ser importantísimo personaje ¹.

Así es que la responsabilidad del deicidio debe recaer principalmente sobre Hanan, «el autor principal del terrible drama», «el autor verdadero del asesinato jurídico que se iba á cometer» ². Pero fué aceptado por Caiphás y toda «la familia sacerdotal», como se llamaba á los hijos del Pontífice depuesto: también Eleazar, otro Sumo Sacerdote destituido, y sus hermanos Jonatás, Teófilo y Matías, que más tarde ascendieron todos al Sumo Sacerdocio, tuvieron parte en el crimen sin excusa alguna posible. «El espíritu de esta familia era altivo, audaz, cruel; tenían todos esa especie de perversidad desdenosa y de cazurro, que caracteriza á la política judía. Sobre Hanan y los suyos debe pesar la responsabilidad de todos los actos que van á suceder» ³.

Para concluir de retratar á esta raza maldita, añadamos que apenas era judía, si hemos de creer á Farrar, que la hace descender de Alejandría por el primer Herodes en compañía de los *Bethusim*, los *Kamiths*, los *Phabhis*, servidores decididos del nuevo rey de los Judíos ⁴. Sólo les había preocupado el cuidado de su fortuna y poderío, y todo les había salido bien desde este punto de vista. En el tiempo de la Pasión, el capitán del Templo era probablemente uno de los hijos de Anás, que tenía

¹ RENAN: *Vie de Jésus*, c. XXII, p. 366.

² Id.: *ibid.*, c. XXII, p. 367;—c. XXIV, 396.

³ Id.: *ibid.*, c. XXII, p. 366.

⁴ FARRAR: *Life of Christ*, p. 405.

también muy ganado al tribuno de la torre Antonia. Las rentas de esta familia se aumentaban con el tráfico de las ofrendas destinadas al Templo, que se vendían en los bazares de ellos, *chanujóth*, establecidos bajo las copas de los cedros del monte de las Olivas. Los puestecillos de traficantes y las mesas de los cambistas que Jesús arrojó del atrio de Israel, es probable que no se habrían establecido allí sin el consentimiento de ellos, y el *Talmud*, inspirándose en la indignación del nieto de Hillel les aplica ese mismo mote *raza de víboras*, con que los estigmatizó Jesucristo ¹.

Tales eran los jefes de la raza sacerdotal, es decir de los Levitas ², llamados á los grandes puestos del Templo, y por lo mismo á los trabajos del Sanhedrín; pues nos encontramos, conviene advertirlo, con los príncipes de los sacerdotes, no con los sacerdotes inferiores que Josefo nos muestra maltratados y reducidos á la miseria por sus pontífices. No todos los Levitas eran elevados al sacerdocio: cierto número de familias eran escogidas para estas funciones, y cada una de ellas tenía un jefe que la representaba ante el Sumo Sacerdote. En esta aristocracia pertenecía el primer lugar á los que habían ejercido el Sumo Sacerdocio, y quedaban de derecho miembros del Sanhedrín: detrás de ellos entraban los simples jefes de familia sacerdotal, que no eran muchos, fuera de la parentela de los Sumos Sacerdotes, atentos á colocar ante todo sus hijos y allegados ³.

¹ MATTH., XII 34: «Progenies viperarum».—Cf. FARRAR, *loc. cit.* et STAFFER: *la Palestine*, p. 407.

² O miembros de la tribu de Levi. Tocante á la repartición de las funciones eclesiásticas entre ellos, véanse los cuatro primeros capítulos de los *Números*, y en cuanto á la división de las familias sacerdotales en veinticuatro clases, el libro I de los Reyes, cap. XXIV, v. 7-19.

³ DREMBOURG: *Essai sur l'histoire et la géographie de la Palestine*, p. 252.—Cf. alato LÉMANN: *Valeur de l'Assemblée*, etc., p. 23.

¡Cosa extraña! Estos representantes de la verdadera doctrina no creían en ella y vivían como se infiere. Casi todo el sacerdocio de Israel estaba inficionado de saduceísmo ó de materialismo hipócritamente desfigurado bajo las apariencias de una interpretación liberal de la ley.

Los Saduceos traían este nombre de Sadoc ¹, que vivió doscientos cuarenta años antes de Jesucristo. Reclutábase de entre los grandes del sacerdocio y del pueblo, es decir, de entre los que por tradición tenían el poder entre las manos, particularmente desde que los Asmoneos llegaron á la realeza. Las relaciones de Judas Macabeo con los romanos ², el trato más y más frecuente de sus sucesores con el Asia Menor y la Grecia, trato que los Herodes conservaron naturalmente con Egipto, habían causado una invasión de ideas y costumbres extranjeras contra la cual los príncipes y grandes de Israel no se defendían bien. So color de interés público ó privado, habían aceptado compromisos detestables á los ojos de los puritanos, y tales que aun las conciencias más indulgentes tenían derecho de echarse los en cara. Poco á poco los invadía la corrupción hasta el punto de hacerlos apóstatas de entendimiento y de corazón, si no lo eran ya manifestamente; para lo cual en todo caso les faltaba poco, á juzgar por su afición de imitar á los Gentiles en todo lo que podían. Fácilmente se echaba de ver que, si no hubieran temido el resentimiento del pueblo, habrían hecho como los Idumeos de la corte de Herodes, juntar sin escrúpulo los *Baalim* de la Fenicia con los dioses de Roma y el Jehová de Israel.

El nombre de *Saduceo* había venido á ser para el pue-

¹ Otros dicen que el nombre de *Saduceos* viene de *Sedarha*, «la justicia», que resultaba de aceptar solamente la letra de la Ley. — V. Ed. MONTET, *Essai sur les origines des partis Sadducéen et Pharisien*.

² I MACCHAB., VIII, 1 et seqq. — XII, 16, — etc.

blo sinónimo de escepticismo y de vida libre. Pretextando que la providencia, la inmortalidad del alma y la vida futura no se encontraban expresamente enseñadas, según ellos, en las Escrituras, rechazaban esas creencias con befás, cuyo recuerdo nos ha conservado el Evangelio ¹. Habían descuidado las observancias tan caras á los Fariseos, amaban el lujo y el regalo, sin perjuicio de procurarse esto por medios violentos; pues no tenían ese miedo á la espada, que distingua, según se dice, á sus antagonistas, ni se paraban ante los actos de fuerza. Sus sentencias eran siempre más duras que las de los fariseos ²; lo cual no tiene nada de extraño, pues, en sentir de Montesquieu, las costumbres afeminadas son naturalmente fronterizas de las costumbres feroces. Su espíritu no se preocupaba sino en la duración de la vida presente y en los goces que puede proporcionar: existía, sin embargo, la providencia, mas sólo para pagar con bienes temporales las valentías ó habilidades que ellos decoraban con el nombre de virtudes.

Ya hemos visto funcionar á los Príncipes de los sacerdotes tachados de saduceísmo: añadamos, para dar idea exacta, que en general pasaban por ignorantes de la ley y daban que reír á los Escribas y Fariseos. Bajo Alejandro Janneo habían aprobado el matrimonio del Príncipe con Salomé, viuda de su hermano, contra lo que prescribe el Pentateuco ³; lo cual les valió entonces una humillación pública de parte del escriba Simeón-ben-Schata. Bajo el reinado de Antipas se mostraron igualmente acomodaticios en lo del pseudo-matrimonio que había con-

¹ Luc., XX, 29 et seqq. — Cf. *Aboth* de Rabbi NATHAN, V.

² El pueblo decía de ellos: «No son *dayané quezereth* (jueces supremos); sino *dayané quezereth* (jueces de atrocidades)». — Cf. STAPPER *la Palestine*, p. 269.

³ LEVITIC., XVIII, 16; — XXI, 14.

traído con Herodíades. Los Fariseos, en verdad, no se burlaban de ellos abiertamente por no comprometerse, mas no por eso despreciaban menos á esa turba entonada y crapulosa ¹, cuyos excesos deshonoraban á Israel y provocaban la ira de Jehová.

De ese menosprecio y del descontento del pueblo á una reacción no había mucha distancia, y con efecto sobrevino; mas, por muy necesaria que pareciera, fué el remedio peor que la enfermedad. Tal es la desdicha del espíritu humano entregado á sus propias fuerzas, pasar de una locura á otra locura, particularmente en materia de religión y moral: en vano se busca la luz, si no se acude á Dios para que le prepare los caminos y haga brillar sus rayos en las almas. Como dice el Evangelio, *el mundo no puede mantenerse en la verdad*, porque *la verdad no está en él*, sino en el que *es la luz del mundo* ².

Aunque el jefe de la secta, Hillel, vivió mucho después de Sadoc (ciento ochenta años antes de Jesucristo), el espíritu farisaico no era de origen reciente; nació como lo más natural en medio de los desórdenes que acarrearón la ruina de Israel y de Judá, la cautividad de Babilonia y la vida angustiosa que siguió á la vuelta del cautiverio. Era entonces un espíritu de protesta legítima contra los desórdenes de los Príncipes y los Grandes, imitados con harta frecuencia por el pueblo y tolerados por los sacerdotes; protesta pesada y arisca, es verdad, y además estéril, y, por lo tanto, más exasperante de día en día. A la vuelta del cautiverio tomó otro carácter. Las tradiciones alteradas daban á la fe y á la moral cierta vaguedad é incertidumbre: y contra este mal emprendieron una re-

¹ Act. Apóst., XXIII, 6-10.—Es un cuadro interesante de las rivalidades y los odios que dividían á entrambos partidos.

² JOANN., VIII, 12.—Ibid., 44.

acción los verdaderos israelitas, los piosos (*Hassidim*), como ellos se apellidaban. Mientras los Escribas escudriñaban la doctrina, y, so pretexto de darle más precisión, la recargaban de comentarios pueriles y fastidiosos, los *Hassidim* utilizaban sobre la moral ahogando sus preceptos en un mar de prescripciones ridículas y fatigosas, aunque para ellos más importantes que la Ley primitiva ¹. La influencia creciente del helenismo bajo el mando de los reyes de la raza griega, de los mismos Asmoneos y de los Herodes, dió al puritanismo judío nueva vitalidad y creó lo que llamamos el *phariseísmo* ó *la separación* ².

Paşa por ser su fundador Joseph-ben-Joazar, poco tiempo antes de los Macabeos: hizo del fariseísmo un partido ó secta que favoreció el movimiento de emancipación dirigido por Mathathías y Judas; después se separó, disgustándose de los Macabeos, sobre todo desde su alianza con Roma. Bajo Alejandro Janco ó Hircano II, fueron sucesivamente los fariseos dueños de la situación y reducidos al silencio, según las vicisitudes de la lucha que empeñaron contra los partidarios de las nuevas ideas, ó sea de los Saduceos, jefes de familias poderosas ó Príncipes de los sacerdotes.

Pronto sobrevino una excisión en el seno del fariseísmo. Dícese que algunos *Hassidim*, interesándose poco los peligros y trabajos de la guerra contra Antíoco, se refugiaron en los valles profundos que hay junto á la orilla occidental del mar Muerto, y constituyeron allí la sociedad de los *Esenios*, personajes extraños, acerca de los

¹ Como resulta de las enseñanzas rabínicas.—Cf. MATMONIDES, Rabbi MATTATHIAS, A. WEILL, etc.

² De la palabra aramea *parusch*, separado.—Otros hacen derivar el nombre *phariseo* de la palabra *pharusch*, que significa *comentador*. Los Fariseos se designaban entre sí con el nombre *Haberim*, compañeros; el otro nombre lo usaban solamente los judíos extraños á la secta.

cuales se han esparcido mil desatinos encomiásticos por el imperfecto conocimiento que de ellos se tenía. Hoy día su sitio propio está entre los herejes y cismáticos; y si se les hubiera de poner un nombre más acomodado á la fraseología moderna, el de *eclécticos* sería el que les cuadra, aunque teniendo en cuenta cierta severidad de vida que observaban, y que no es nada común en los apasionados del libre pensamiento ¹.

Los Fariseos, propiamente dichos, creían en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma, con ideas muy inexactas sobre la Providencia y la vida eterna: se los ha tildado como sospechosos de fatalismo y metempsicosis, probablemente sin razón, si nos atenemos al testimonio de Josefo ². Aceptaban como revelada la ley de Moisés, pero profesando que el mismo Dios no le podía añadir nada; lo cual no les impedía á ellos agregarle, con unión por siempre indisoluble, invenciones fantásticas que los cuenteros orientales habrían desechado por inverosímiles. Después de estos hermosos trabajos de ellos, no quedaba, digámoslo así, nada de la ley: en cambio, lo que se le había sustituido, debía tenerse por divino, es decir, por racional y obligatorio, con el mismo título que la revelación del Sinaí. Así también, si las prescripciones mosaicas se atenuaban más y más, á consecuencia de esta refundición, las de los *rabbis* no sufrían atenuación alguna, so pena de condenarse el alma y correr gran peligro la vida presente. Venía, con efecto, en ciertos casos la excomunión mayor, y como consecuencia

¹ JOSEPH. : *Antiq. Jud.*, XVIII, l. 4-5.—FOUARD : *Vie de N.-S. Jésus-Christ*, I, 13.—LE CAMUS : *Vie de Jésus-Christ*, I, 73.—LEDRAIN : *Histoire d'Israël*, II, 225.—ÉDOUARD SCHURÉ : *Les Grands Initiés*.—STAPPER : *La Palestine*, etc.

² VIDAL : *Vie de saint Paul*, t. I, p. 26 y sigs. Estas doctrinas parecían haber prevalecido principalmente entre los Esenios.

la pena capital: era expuesto el reirse de esos sombríos maniáticos ¹.

Como lo decía Jesús, ellos se cerraban la puerta de la casa de Dios á sí mismos y á los demás ², no sólo imponiendo leyes imposibles de cumplir al prosélito que pretendían hacer ³, sino declarándole *à priori* del todo extraño al pueblo de Israel, excluido de las promesas divinas, impuro, abominable, y aun después de admitido en la Sinagoga, reducido á una condición despreciable de puro inferior. El *verdadero creyente* del Islam no trata con más tono al *giaur* ó al *iahudi*: los que se enfadan de que les llamen *hijo de perro*, pueden consolarse leyendo el *Talmud*.

Con esto, ellos se atribuían el privilegio de un patriotismo riguroso que les valía la estimación de los Israelitas de la Judea, seducidos además por las observancias minuciosas que acostumbraban. Abluciones frecuentes, oraciones repetidas en público, largas philacterias, compostura en el vestir, fisonomía austera ⁴, todo en ellos seducía á la muchedumbre en aquel país, amigo de sutilezas doctrinales, de las prácticas singulares y las apariencias majestuosas. Si perdieron los primeros puestos en los consejos de la nación, los conservaron en los de familia, mucho más importantes en realidad, y más influyentes en la dirección del espíritu público. Sus adversarios, como lo observa con entera exactitud Josefo, se sostenían, conformándose á sus maneras, en la mayor parte de las

¹ V. *Apparatus Biblicus*, III, cit. MAIMONIDE.—A. WEILL : *Moïse et le Talmud*, etc.

² LUC., XI, 52: «Ipsi non introistis et eos qui introibant prohibuistis.»—CI. MATH., XXIII, 13.

³ MATH., VI, 5;—XXIII, 13 et 15.

⁴ Id., XXIII, 4-7.—CI. *Talmud de Jérusalem, Solah*, 22.—Id. de Babilonia, *Berakhoth*, IX.

cosas ¹: eran los amos del pueblo, y acaso, á pesar de todas las apariencias contrarias, de los sacerdotes también y de los reyes. Los procuradores contaban con ellos; Herodes Antipa, que los aborrecía de corazón, tenía miedo á sus befas; los príncipes de los sacerdotes soporaban su insolencia con una resignación que se esforzaban porque pareciera estima.

El fariseísmo había engendrado últimamente una secta, que no reconocía, aunque la miraba con secreto afecto ². El año 762 de Roma, décimo de Jesucristo, en el momento en que Quirino se apoderaba de los bienes de Arquelao, se levantó una protesta en nombre de los derechos é independencia del pueblo judío. Era el autor cierto Judas de Gamala, apellidado el Gaulonita, hombre de corazón á quien apoyaban, con Sadoc, una parte de los Fariseos de la Judea. Pero él había encontrado eco, sobre todo en Galilea, donde sus partidarios se echaron al campo, tomaron la ciudad y entraron á saco la comarca. Su audacia había llegado hasta ensangrentar el Templo ³, y si hemos de creer á Orígenes, habían pensado en imponer su jefe como Mesías ⁴. La empresa fracasó; pero tornándose más prudentes, no eran menos activos y se preparaban para una segunda intentona que debía verificarse treinta años más tarde, al estallar la lucha suprema entre Roma y la Judea ⁵.

Según Wettstein, tenían los Fariseos una especie de jerarquía al frente de la cual estaban los *Haberim* de Jerusalén ⁶; lo que nos explica cómo los adversarios de Je-

¹ JOSEPH.: *Antiq. Jud.*, XVIII, II.

² VIDAL: *Vie de saint Paul*, t. I, p. 25.

³ JOSEPH.: *Antiq. Jud.*, XVIII, I, 6.—*Bell. Jud.*, II, VIII, I.

⁴ ORIGENES: *Homil. in Lucam* XXV.

⁵ ACT. APOST., V, 37.—*Cl.*: JOSEPHO: *Bell. Jud.*, IV, III, 13.

⁶ WETTSTEIN dice de ellos: «Præcipui auctoritate atque conditione eminentes.»—El libro segundo de los Macabeos (VI, 48) parece que alude á esta jerarquía: «Eleazarus unus de prioribus scribarum, etc.»

sús vencidos en Galilea recurrieron á sus amigos de la capital y los hicieron salir en busca del divino Maestro ¹. Por otra parte, Jerusalén era la ciudad santa; parecía natural asignar á sus más piadosos habitantes un puesto de honor en medio del pueblo de Dios; á lo cual no se oponía ciertamente la modestia de esos hombres siempre *amantes del primer lugar*, según las palabras del Evangelio ².

Entre ellos lo más alto correspondía, aun en Jerusalén, á los Escribas ó doctores de la Ley, que eran los mayores enemigos de los Saduceos. Mientras éstos no querían admitir más que la letra, los Escribas asignaban á la tradición el buen servicio de conservarla y fijarla con escolios y comentarios que debían ser su mejor defensa, si pronto no hubiesen venido á ser juego de espíritus vanidosos y pueriles. La sutileza que tan natural es al genio oriental, tomó vuelo analizando, diseando, pulverizando para llegar á tener la gloria de conocer exactamente el número de palabras, letras, acentos contenidos en los libros santos, ó de encontrar las interpretaciones más variadas y aun las más contradictorias de cada frase. Parece que uno está soñando al leer el farrago que la Sinagoga admira con el nombre de *Talmud* ³, la obra de los rabinos que recogieron las enseñanzas de los Escribas contemporáneos de Jesús. En qué vino á parar la verdadera tradición con tales manipulaciones, podemos verlo en «ese comentario colectivo, ese cuerpo de disputas espirituales, no sólo sobre toda la ley de Moisés, sino sobre el

¹ MATTH., XV, 1: Accesserunt ad eum ab Hierosolymis scribae et pharisæi.»

² LUC., XX, 46: «Amant... primas cathedras in synagogis et primos discubitus in conviviis.»

³ Nada más curioso que los esfuerzos de M. Moïse Schwab, en la *Introduction du Traité des Berakhoth*, para persuadirnos la excelencia del *Talmud*: lo cual no consigue el sabio editor de los que tienen la paciencia de sufrir la lectura del farrago rabínico.

código entero de la humanidad pasada, presente y futura.... Es el pro y el contra, lo blanco y lo negro, el sí y el no de cada cosa y acerca de cada cosa. Es, en una palabra, el resumen desordenado, especie de estenografía de cuestiones religiosas, judiciales, teológicas y teosóficas de las escuelas judías de Jerusalén, de Babel, de todas las comarcas en que se reunían los rabinos, doctores de la ley de Moisés.... A veces en una misma página chocan entre sí opiniones contrarias y se neutralizan las unas á las otras.... No es que á través de todas estas contradicciones individuales deje de serpentear una doctrina que tiene su lógica, sus objetos y sus fines en torno de la cual los rabinos han levantado una triple cerca (esa es su palabra), para que nunca jamás se apartille; pero esta doctrina, lejos de ser la ley de Moisés, es una tradición y por añadidura una tradición extranjera.... Esta doctrina, venida de la Persia y de las Indias, trae rasgos de los principios de la idolatría, de la desigualdad de razas, de esclavitud, tiranía y fatalismo. De ahí resulta que cada vez que un rabino rompe en alabar la doctrina farisaica con la Biblia, toma la actitud de un loco, ó de un zumbón que se burla de sus oyentes»¹.

Pero el judío no les tenía ni por locos ni por zumbones, como el musulmán que escucha los comentarios de los *softas* ó las declamaciones de los *derwiches*. Sabían ellos muy bien que el vulgo tomaba en serio las doctrinas que le adulaban, elevándole por encima de todas las naciones, y le atemorizaban amenazándole con las venganzas divinas, si no respetaba al escriba y sus enseñanzas². Incapaz de distinguir entre la verdad y el error,

¹ A. WALL: *Moïse et le Talmud*, p. 189-193.—Las tres palabras subrayadas son de Rabbi Mathathias, autor del *Nizachon vetus*.

² *Talmud: Kiddouschin*, c. I.—Cl. Rabbi JOHANAN: *Berakhoth*, introduction, p. xx.

entre la palabra divina y la fantasía humana, aceptaba á ciegas la mescolanza en que ambas se confundían. La exageración práctica de la ley excitaba la imaginación del vulgo que juzgaba de la virtud por sus formas, y la aparente austeridad de sus doctores le dejaba convencido de su íntima sinceridad¹. En lo cual, por lo demás, no siempre se equivocaba, pues había entre ellos espíritus sinceros, como el de Gamaliel, nieto del gran Hillel y maestro de San Pablo², á quien los *Hechos apostólicos* han tributado merecidas alabanzas y la Iglesia le cuenta en el número de los escogidos³. Hombres como éste eran raros en el fariseísmo, á lo menos entre los que conocemos por la historia; su influencia era mediana, á juzgar por el fanatismo de Saulo, si no es que la propia enseñanza que daban fuera la causa de ese ardor exclusivista y perseguidor. Cuando se convirtió al cristianismo, es cuando Gamaliel cesó de ser el escriba á quien pudiera achacarse el martirio de San Esteban⁴.

Así, pues, resumiendo lo que precede, la mañana del día 14 de Nisam del año 34, Anás y Caifás tenían consigo dos grupos casi iguales en número, los Principes de los sacerdotes y los Ancianos del pueblo por una parte, los Escribas y los Doctores por otra: los primeros, de la secta saducea; los segundos, fariseos. En circunstancias ordinarias, los dos partidos se habrían mantenido probablemente en equilibrio, por no decir en jaque, porque no les convenía unirse mediante concesiones que habrían desconceptuado á los unos y los otros; mas en este caso estaban todos igualmente amenazados y por tanto igualmente interesados en quitar de enmedio al causante de sus inquietudes.

¹ VIDAL: *Vie de saint Paul*, t. I, p. 23.

² ACT. APOST., V. 34.

³ *Martyrolog. roman.* día 3 de Agosto.

⁴ STAFFER: *La Palestine*, p. 270-271.

El látigo que echó del Templo á los traficantes instalados bajo los pórticos ¹ por los Saduceos, había también acardenalado las espaldas de los Fariseos presentes á la ejecución de aquel acto, y les había aguado muy mucho el gozo que la humillación de sus adversarios les causaba. Las revelaciones escritas en el polvo del suelo por el dedo del Maestro, no habían hecho distinción entre los acusadores, Saduceos ó Fariseos, de la mujer adúltera ²; y las maldiciones que les echó en cara á los *Escribas y Fariseos hipócritas* algunos días antes, habían igualmente fustigado el rostro de los Sacerdotes y los Ancianos ³. Consortes en la injuria, se unieron en el rencor; y así, el Evangelio nos los representa teniendo juntos consejo repetidas veces, con el designio común de asegurar mejor su venganza ⁴: habían, pues, cesado las disidencias. Del propio modo que iban á hacerlo Pilatos y Herodes, cambiaban entre sí sonrisas y testimonios de amistad; había entre ellos perfecta comunidad de voluntades contra el Señor y contra su Cristo ⁵.

¹ JOANN., II, 45: «Quam fecisset flagellum de funiculis, omnes ejecit de templo.... Responderunt ergo Judæi et dixerunt ei: Quod signum ostendis nobis quia hæc facis?»

² Ib., VIII, 8: «Et iterum se inclinans scribebat in terra.... unus post unum exibat, incipientes a senioribus.»

³ MATH., XVIII, 13: «Væ vobis, Scribæ et Pharisei hypocrite.»

⁴ JOANN., XI, 47: «Collegerunt ergo Pontifices et Pharisei concilium.»

⁵ PSALM., II, 2: Convenerant in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus.»

CAPÍTULO II

EL SANHEDRÍN.

Factum est autem ut congregarentur principes eorum et Seniores et Scribæ in Jerusalem, et Annas princeps sacerdotum, et Caiphas, et Joannes et Alexander, et quotquot erant de genere sacerdotali.

ACT. APOST., IX, 5-6.

Las divisiones que separaban á los Saduceos y Fariseos en la vida ordinaria, no les impedían convenirse y hacer causa común en la vida pública, en lo administrativo y en lo judicial; lo cual se entiende á lo menos de los jefes y principales adherentes de los dos partidos, miembros del gran Consejo ó *Sanhedrín*.

Esta asamblea soberana, domiciliada en Jerusalén, tenía á la vez carácter de Parlamento y de Tribunal Supremo de Justicia, con poderes difíciles de definir y de limitar, en razón de las circunstancias á través de las cuales se manifiesta su acción. Si creemos á los rabinos, era continuación del famoso *Consejo de los Setenta Ancianos*, á quien Moisés había encargado juzgar los negocios más graves ¹, dejando las causas secundarias á los jueces de orden inferior. Á decir verdad, el Consejo de los Ancianos había cesado de funcionar al punto que los Hebreos entraron en la Palestina, y la historia no encuentra huella

¹ Exod. XVIII, 24-25. - DEUTER., I, 5.